

Silvia Szteinberg

De la supervivencia de los más aptos

Mención especial del Sexto Concurso Literario Gramma

Lo peor era maquillarse cuando se levantaba y aún tenía sueño y la radio aturdía con monótonas consignas de tipo militar: «Denuncie, denuncie, denuncie... a los que quieren aparentar lo que no son... denuncie, denuncie, denuncie...».

Lo peor era armonizar las arrugas, los pliegues, las flojedades de la piel. También la tintura para el pelo era un problema. Ella tenía que teñirse sola, en su casa. Nadie podía ver su verdadero pelo. Ni mucho menos su verdadera piel.

El Día de la Declaración de la Sobrevida Para los Únicos Dignos había sido sangriento. No había sido una cuestión de cárcel o libertad. El olor de los cadáveres todavía volvía, si el viento soplaba del sur. La lucha en las calles había sido breve, pero contundente. Sólo una cuestión de jóvenes y viejos y la toma del poder. Unos habían tenido mejor armamento; los otros la fuerza de la desesperación y la agonía.

El otro problema era la ropa, y más en un día de calor como ése. Por suerte tenía algunos vestidos de manga larga que ocultaban los brazos. Desde luego, también tenía que esconder las piernas y usar medias, aun con este calor.

Sus padres habían muerto y no tenía esposo ni hijos. Era su mayor dicha, porque de otra manera la lista de mentiras hubiera trepado infinitamente. Ya tenía bastantes problemas, además de las arrugas, la ropa, el pelo, la forma de caminar y el tono de voz. En el trabajo surgían cuestiones. Había que estar siempre alerta. Mencionar algunas películas o algún tipo de música, dejar escapar alguna fecha podía delatar la edad. Siempre alerta, siempre alerta.

En la oficina no funcionaba el aire. Esto la hacía ir al baño para verificar el maquillaje cada vez con mayor frecuencia. Cada media hora. Cada diez minutos.

Cuando su compañera de trabajo entró en el baño, se asustó. La iba a ver con el maquillaje corrido, el pelo podía estar destiñéndose por el calor.

—Tenés que mojarte la cara, estás empapada de sudor.

—Sí, sí, ahora lo hago.

—Usás mucho maquillaje. ¿A quién te querés levantar?

—No, no, a nadie, yo...

—Porque vos tenías... ¿cuántos años?

—Tengo setenta y dos, ya sabés.

—Si, bueno, vos también sabés que a los jefes no les gusta el maquillaje. Hay que lucir las arrugas. Para eso ganamos la guerra ¿no?

Cuando se quedó sola, retocó el plástico para acentuar las arrugas, se acomodó los mechones grises y se echó el colirio especial que había conseguido para amarillear los ojos. Pensó, mientras se miraba en el espejo, en el esplendor de su piel, que nadie podría apreciar nunca más.